

## RESEÑAS

la articulación entre ambos aspectos del problema siguió siendo el problema central que Mill trató de resolver obsesivamente.

Carlos Ortiz de Landázuri  
Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, Editorial Tecnos, Madrid, 2006, 560 pp.

Esta nueva edición de la obra más conocida del gran Obispo de Hipona reúne dos grandes aciertos. El primero es el tipo de edición: un tamaño que la hace asequible a la mano (21 x 12 cm.), un tipo de letra y papel bien legibles y un esfuerzo editorial que no se ha limitado a ofrecer una selección de textos, sino la extensa obra íntegra, adornada con útiles aditamentos. Tan atractiva presentación aproxima el escrito al lector poniéndole cómodamente a la mano una obra que, a pesar de haber sido escrita hace más de 1.600 años, palpita todavía, llena de humanidad y grandeza de espíritu. El segundo gran acierto ha sido el encomendar la traducción a un gran especialista en el pensamiento antiguo y medieval, el Dr. D. Agustín Uña Juárez, profesor titular de la Universidad Complutense. Con un trabajo cuidadoso hasta el menor detalle, el traductor ha conseguido hacer compatibles la fidelidad al texto, cargado de expresiones magistralmente acuñadas por el talento teológico, filosófico y retórico de San Agustín —cuyo uso del lenguaje latino reúne la sencillez bíblica y la majestuosidad expresiva de Cicerón (p. 103)—, con un estilo muy asequible. Cumple igualmente con el objetivo de servir de instrumento de investigación a los universitarios. El esmero de la traducción se advierte en la secreta emoción que acompaña e imita la vibrante expresión del gran maestro de Hipona. La voluntad de rigor del traductor se observa en los numerosos paréntesis que recogen los términos exactos latinos cuando la expresión española no se ajusta a las connotaciones y sugerencias del latín. Su esfuerzo para facilitar y enriquecer la lectura se aprecia en el trabajo adicional de poner un título a cada libro y a cada capítulo dentro de cada libro, y en la aclaración de algunos pasajes con oportunas notas e indicaciones.

A todo lo que va dicho se añade una utilísima *Introducción* de casi 100 páginas, en las que A. Uña (i) presenta a San Agustín, (ii) presenta *Las Confesiones*, (iii) presenta su traducción, y (iv) ofrece una rica biblio-

grafía que incluye, aparte de las revistas, diccionarios y otros instrumentos de información básica sobre el pensamiento agustiniano, un conjunto de 66 estudios generales sobre San Agustín seleccionados desde la perspectiva de *Las Confesiones*, las principales ediciones modernas del texto latino, las principales traducciones al español, y una segunda selección de 49 estudios especializados sobre la obra misma. Este panorama otorga una riqueza y solidez a esta edición que la hacen altamente encomiable. Sólo un par de párrafos de la *Introducción*, dentro del apartado que intenta dibujar el perfil humano del maestro de Hipona, desentonan un poco del conjunto. En efecto, en las pp. 75-76, hablando del ardoroso entusiasmo del corazón de San Agustín, se califica de «peligroso» el fervor de su larga y zigzageante búsqueda de la verdad, por haber arrastrado consigo y convertido en meros satélites de su peripecia vital a sus amigos. ¡Muchos peligros así quisiera tener yo, que me arrastraran a buscar la verdad apasionadamente! Lo peligroso no es buscar la verdad, aunque sea cayendo en errores pasajeros, sino vivir adocenadamente y sin maestro. Y, además, si al final los llevó a buen puerto, ¿por qué no calificarlo como “guía seguro”, en vez de como amistad peligrosa? Asimismo, un poco más abajo, afirma A. Uña que, en su ardorosa condición, a San Agustín “se le escaparon fórmulas comprometidas que urge rebajar” o que, “por exageradas, rebajan (...) el poder natural de la razón para conocer”. En sendas notas se citan los textos concretos a que se hace referencia, y que son (a) el “*Cum Deus coronat merita nostra nihil aliud coronat quam munera sua*”, y (b) “*cum essemus infirmi ad inveniendam liquida ratione veritatem*”, en los que aparecen dos temas recurrentes en el pensamiento del eminente Padre de la Iglesia. No me parecen atinadas esas apreciaciones. En cuanto a la primera, por el número de veces (no menos de 7) que la repite en sus obras no parece que fuera una fórmula que a San Agustín se le “escapara”; tampoco parece que se trate de una “fórmula comprometida”, cuando la ha hecho suya la liturgia católica y el Concilio de Trento (cfr. *Denzinger*, nn. 1545-1548); menos aún parece que “urja rebajarla”, si con ella lo que se quiere decir es: “*Quia et quaecumque sunt bona opera mea, abs te mihi sunt, et ideo tua magis quam mea sunt*” (*Enarratio in Ps. 137*, n. 18 [PL 37, 1783-84]). En cuanto a la segunda apreciación, la idea de “debilidad” está vinculada en la doctrina de San Agustín a las consecuencias del pecado original, y afecta al entendimiento en las formas de ignorancia y dificultad para conocer —sobre todo a Dios y a nosotros mismos—, pero sin disminuir su capacidad natural. Esta debilidad, derivada del pecado, no corre a cargo de la iluminación divina, fuente de nuestra connatural inteligencia,

## RESEÑAS

pues ésta, en vez de hacernos —al estilo de Platón— meros objetos iluminados o intelectos pasivos, nos da el ser activas *lucis* iluminadas *que iluminan* (cfr. *Sermo 380*, n.7, PL 39, 1681-1682). Por lo demás, el tenor de ambos párrafos es tan episódico en la *Introducción* que a muchos lectores les pasará desapercibido, y no quita valor al riguroso trabajo de A. Uña.

En especial, brilla con luz propia su minucioso estudio de *Las Confesiones* como obra literaria. Treinta páginas de la *Introducción* se dedican a ese fin, haciendo (i) un resumen detallado de las investigaciones y controversias histórico-filológicas de los dos últimos siglos, y (ii) una interpretación original del sentido de la obra, de su unidad y estructura, y de su lenguaje y estilo. Sin negar el evidente carácter biográfico, A. Uña se inclina por acentuar el sentido de alabanza a Dios de toda la obra, el cual sería lo que en el fondo le daría *unidad*, que es lo que, para casi todo el mundo, resulta más obviamente problemático de *Las Confesiones* como obra. Sin discrepar de A. Uña, personalmente yo distinguiría entre el contenido y la forma de la obra. El contenido de la obra es autobiográfico, la forma es la de una oración, un coloquio de San Agustín con Dios, cuya nota dominante es la alabanza. Gracias a la simbiosis de ambos, forma y contenido, éste alcanza un valor humano tan universal que apela a cualquiera que lo lea, mientras que la forma llega a ser, por su parte, un maravilloso ejemplo de oración personal. El problema de los tres últimos capítulos, dedicados a hacer un comentario del *Génesis*, a mi entender es un falso problema. Es un problema de contenido (no de forma): el comentario del *Génesis* rompe el esquema biográfico del resto de los libros. Sin embargo, se suele olvidar que toda *autobiografía* tiene, por definición, que quedar inacabada. El problema no es de San Agustín, sino de cualquier autobiografía: ¿qué decir del presente en que se está escribiendo y del futuro? Algunos cuentos suelen terminar diciendo: “y fueron felices y comieron perdices”. Es una forma ingenua de acabar lo que todavía no se ha acabado. Pues bien, San Agustín resume su presente y su futuro con un comentario del *Génesis*. La oración y el estudio de la Escritura eran las ocupaciones en que con más fervor empleaba su tiempo, no sólo mientras escribía *Las Confesiones*, sino durante toda su vida. De las muchas ocupaciones a que se dedicaba, las más universalizables para todos los creyentes son la oración y el estudio de la verdad revelada. Sus muchas perocupaciones como Obispo (cfr. *Sermo 340*, 3 [PL 38, 1484]) no eran compartibles por todos, y, aparte de eso, para él no existían mayores intereses personales que la búsqueda de la verdad y la

## RESEÑAS

solicitud por la Iglesia. Pero, ¿por qué terminar con un comentario precisamente del Génesis? Las *Retractationes* (426-427) nos ofrecen cumplida respuesta: no parece que haya habido ningún otro empeño investigador que tanto trabajo diera a San Agustín. Iniciada hacia el 389 contra los maniqueos (*De Genesi contra Maniqueos, Retract. I, 10, 1-3* [PL 32, 599-600]), fueron tantas las dificultades que encontró para la interpretación literal que volvió sobre ella en *Las Confesiones*, e inmediatamente después en el *De Genesi ad litteram*, obra cuya redacción le ocupó desde el 401 al 415, y de la que dice lo siguiente: “*In quo opere plura quaesita quam inventa sunt: et eorum quae inventa sunt, pauciora firmata, caetera vero ita posita, velut adhuc requirendae sint*” (*Retract. II, 24, 1* [PL 32, 640]). Estas palabras recogen admirablemente el espíritu investigador del santo, a la vez que el reconocimiento de la inacabable tarea del comentario literal del Génesis. Con eso concuerda que, años después de acabada esta obra, le añadiera aún el libro duodécimo. Los tres capítulos finales de *Las Confesiones* reflejan la dedicación del santo a la búsqueda íntima y universalizable de la verdad revelada al escribirlas y a lo largo de su vida, por lo que constituye un digno colofón a su autobiografía.

En resumen, este denso, pero accesible contenido de la *Introducción* se ajusta con su accesible continente en la excelente edición que la colección “Los esenciales de la filosofía” ha puesto a nuestro alcance. Por ella merecen felicitaciones tanto la editorial como el autor de tan elaboradas y ricas traducción, introducción, notas y anexo.

Ignacio Falgueras  
Universidad de Málaga  
jifalgueras@telefonica.net

SIERRA, A., *La afectividad. Eslabón perdido de la educación*, Eunsa, Pamplona, 2008, 200 pp.

Este libro tiene como objetivo fundamental orientar a padres y educadores a fomentar emociones sanas en la educación de niños y adolescentes. La obra gira en torno a la afectividad, que se estructura y se forma a partir del ambiente, las relaciones personales, los valores y la forma particular que cada quien tiene de vivir. El ser humano no solamente piensa; también siente interiormente. Es un ser con un mundo interior de una gran